

UN FUNDADOR, HORIZONTES DE FUTURO

Hno. André-Pierre Gauthier fsc
Visitador-auxiliar
Distrito de Francia

RESUMEN

Presentamos el texto de la segunda conferencia realizada en el marco de la Asamblea de la Fraternidad Lasaliana francesa el 23 octubre 2011. El autor entiende la fraternidad como la intuición lasaliana esencial para comprender la originalidad de una dinámica educativa que hoy ayuda a fortalecer proyectos educativos con un horizonte de Evangelio.

Palabras-clave: escuela, fraternidad, proyecto, encarnación, hermanos, niños y jóvenes.

No, J. B. de La Salle no inventó la escuela para los pobres, ni tampoco las “escuelas cristianas”. No dio pruebas de mayor generosidad que muchos otros en su época. Ni siquiera inventó la fraternidad. Entonces, ¿por qué estamos nosotros aquí si no es para ir a lo esencial de su mensaje y ponernos en marcha, continuar caminando tras las huellas de un Fundador y de aquellos a quienes el puso en camino, los primeros Hermanos de las Escuelas Cristianas?

Escuelas gratuitas para los pobres, escuelas cristianas, efectivamente ya existían muchas en aquella sociedad del fin del siglo XVII, una sociedad de generosidad y de compromiso. Muchos otros las habían creado antes que él. Pero entonces, ¿qué es lo que hizo? Antes que nada descubrió que un niño es un hijo de Dios y que, sean cuales sean su pobreza y sus pobreza, presenta un signo de dignidad. A lo largo del itinerario de su vida fue descubriendo que hay hombres que pueden dar apasionadamente un poco o mucho de su vida a esos niños. Descubrió también, y eso fue más original, que el acto educativo y la clase pueden hacer crecer a un niño, sea cual sea su medio social, y proporcionarle los medios de llegar a ser un hombre. Descubrió, finalmente, que cuando un adulto se encuentra en presencia de un niño, y aún cuando sea el más pequeño de los pequeños, la aventura de la creación divina está en juego.

No, no inventó la Escuela, pero captó la grandeza del acto educativo. No, no inventó las escuelas para los pobres, pero asumió una mirada de dignidad sobre los pobres. No fue el primero de los grandes maestros, pero descubrió que, cuando uno da su vida en favor de la educación, uno mismo puede llegar muy lejos. No, no era un cristiano, un sacerdote, un canónigo mejor que los demás, pero descubrió que el Dios tres veces santo se hallaba comprometido en esa aventura humana de la educación.

Está bien, pero hasta ahí, es cosa de un hombre. Y hoy nos encontramos reunidos porque logró hacer compartir su proyecto a un grupo de hombres. No creó a los “Hermanos de La Salle”, no creó, como Domingo, los “Dominicos”, o como san Francisco, los “Franciscanos, o como Ignacio de Loyola, los “Compañeros de Jesús”. Estableció Hermanos de las Escuelas Cristianas y, si hoy estamos lanzando la *Fraternidad Educativa La Salle*, es porque existe una familiaridad de misión, de perspectiva y de palabras.

Él parte de una constatación y de algunas preguntas. La constatación es que los niños vienen a la escuela pero no se quedan en ella; que maestros de escuela se encuentran, pero que no lo perseveran. Su pregunta es sencilla, y va a resonar de modo particular en nuestros corazones: ¿qué hacer, cómo hacer para que los niños se queden en la escuela y que los maestros permanezcan en su misión de educación y de crecimiento humano y religioso de los niños? La respuesta es la comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. No funda las “escuelas cristianas”, sino a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En el corazón del proyecto, una relación, una mirada, unos con otros, los unos hacia los otros. En el centro, la misión educativa. En la base, una inspiración: el Evangelio. Hermanos de las Escuelas Cristianas/Fraternidad Educativa La Salle. No inventa la fraternidad, sino algo esencial e inédito: ¿será posible introducir fraternidad en el acto educativo, en la Escuela, en la enseñanza de los rudimentos del saber, del saber-ser, del saber-vivir juntos y del saber por qué vivir juntos?

Juan Bautista de La Salle intenta una aventura que, en algunos aspectos, hoy es la nuestra. En ese lugar, en la Escuela, allí donde las mentes van a crecer, existen también los riesgos de instrumentalización, los riesgos de que se utilice al niño, que los adultos usen y abusen del saber y del poder. Si es ahí donde, sin duda, el Evangelio es lo menos transparente naturalmente, entonces, ¿qué tiene que ver ese Evangelio con la enseñanza de las asignaturas profanas, de los consejos de clase y de disciplina, la organización, la administración, las obligaciones, la financiación, los horarios, la dirección de una escuela, lo que constituye nuestro día a día? ¿Su espacio natural no es la parroquia, el movimiento, una palabra o una forma de piedad que compromete poco o nada? Todo eso está muy bien, dice J. B. de La Salle, pero falta un lugar, un lugar nuevo, un lugar para los desafíos evangélicos: ¡la Escuela, en lo que tiene de más maravilloso, y de más duro, la Escuela del aula, del taller, del patio de recreo, nuestra Escuela cotidiana!

Hermanos, Hermanos de las Escuelas Cristianas, un proyecto de fraternidad., En aquella época, hombres que no serán sacerdotes. ¿Qué significa? Y ahí estamos profundizando un poco más esa revolución que opera J. B. de La Salle. Del poder de la palabra del sacerdote, del poder de la Iglesia, él invita a pasar a los Hermanos al servicio de la presencia. La revolución lasaliana consiste en pasar de una palabra a una presencia, a una presencia que ratificará la palabra. Pero la presencia es lo primero y, ahí, comenzamos a desplegar la fraternidad, la de las primeras comunidades de Hermanos. Se harán presentes unos con otros, presentes a lo largo del tiempo con sus alumnos, mantendrán su presencia, porque su padre Fundador, J. B. de La Salle, el primero, se ha hecho presente para ellos. Fraternidad, para emplear una expresión teológica, pero que va a resonar muy pronto en nuestros corazones: movimiento de encarnación. Al igual que Cristo fue hacia los hombres; él no se contenta con reunir unos Hermanos, asociarlos entre sí, sino que él mismo, en un movimiento de encarnación, se desplaza y va a asociarse con ellos. En ese momento fundador se encuentra escrito el proyecto actual.

Este proyecto educativo consiste en una forma de hacernos presentes unos con otros para ser capaces de hacernos más presentes para los jóvenes que nos son confiados, y presentes para nuestros colegas y colaboradores. Durante mucho tiempo, la enseñanza católica ha dicho, con razón, que el joven está en el centro del acto educativo. Pertenece a nuestra tradición, y a otras más sin duda, pero a la nuestra específicamente, el recordar que si el joven está en el centro, el adulto está en el núcleo de nuestro proyecto. Juan Bautista de La Salle sabía lo que hacía, no solamente al crear una nueva categoría de escuelas para los pobres o de escuelas cristianas, sino al establecer la comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Una sociedad en crisis moral, social, religiosa; tal era la situación de Francia en 1680. Una sociedad de crisis. En esa situación, él no se refugia en la predicación, en el anatema o la condena de los demás, de los padres claudicantes o de los maestros mercenarios, no se refugia más que allí donde el Evangelio es esperado: “¿Eres tú capaz de iniciar un itinerario que te llevará hacia el otro, el más pequeño, allí donde te espera en su deseo de crecimiento humano y, si lo desea, cristiano?”. Si J. B. de La Salle hubiese fundado únicamente las “escuelas cristianas” no estaríamos aquí. No podemos comparar sus escuelas y nuestras escuelas, nuestra pedagogía y su pedagogía. Tenemos que aceptar, si queremos continuar la aventura, que el marco ha cambiado, que el contexto es irreversiblemente diferente; que nuestra Escuela Católica no puede parecerse ni de cerca ni de lejos a lo que era aunque tan sólo hace algunos decenios. En cambio, si aparecen rostros de jóvenes abandonados, sean cuales sean sus medios sociales, el rostro de una colega en dificultad, de un joven docente que acaba de llegar, las dichas y desdichas de nuestro oficio, entonces J. B. de La Salle, los Hermanos y aquel primer proyecto educativo tienen algo que decimos hoy.

Teniendo en cuenta dos condiciones. La primera: hoy, el centenar de Hermanos aquí presentes, nosotros no os pasamos el relevo, no tenemos nada que transmitirlos como regalo. Con vosotros, juntos, en fraternidad, tenemos que recibir lo que J. B. de La Salle y tres siglos de experiencia educativa nos transmiten a nosotros hoy. Nos encontramos aquí hoy para que inventemos, construyamos e innovemos. Segunda condición: comprendamos bien la genial intuición de aquel hombre de finales del siglo XVII, la de la fraternidad. No podremos avanzar más que si comprendemos bien que lo que está en juego en estas palabras hermanos/fraternidad es, antes que nada, el valor de nuestra diversidad. Podemos atrevernos a ser diferentes y lo somos, atrevernos a decirlo y compartirlo; porque esa será la señal de que el Evangelio tiene sentido hoy, si esos hombres y mujeres diferentes, con relaciones diferentes en la Iglesia, con posturas diferentes en el centro escolar, responsabilidades y competencias diferentes, pueden ir juntos hacia los jóvenes.

Pero eso no es todo. La fraternidad de la que vamos a hablar y que tratamos de vivir desde hace años es una tarea. No es una adquisición que se nos da y que habría que conservar. Es el sentido mismo del camino. Esa fraternidad nos dice algo muy hermoso y muy grande: que cada uno de nosotros tiene su lugar único, indispensable para que mañana tenga éxito en nuestros centros educativos el proyecto de educación de los jóvenes. La fraternidad es lo que da testimonio de lo que valemos, del valor de nuestro empleo de maestro, de educador, de personal de servicio de los colegios. Nos recordará, cuando sea necesario, y cada vez más, que hemos de elegir en nuestros centros: los proyectos, las inversiones, las orientaciones de los alumnos, las aperturas y los cierres

de clases; en el día a día de nuestros trabajos humanos, la fraternidad estará ahí para recordarnos que sin tomar distancias -sin pausa y sin compartir, sin palabra intercambiada y sin oración, sin reflexión, nada grande, perenne y verdaderamente educativo- habrá un mañana en nuestros colegios.

Hay algo que nos remite al tiempo de fundación. La escuela nació de una voluntad, de la voluntad del Estado, de la Iglesia, para el bien de los jóvenes, su salvación y el bien del Reino. Nació con el riesgo de instrumentalización. Las razones financieras y las presiones financieras, las razones y las presiones religiosas podrían hacer que tal o cual Escuela, si no tiene cuidado, sea devuelta a aquella época: una época en la que se tomaría como primero lo que no es más que segundo, y no secundario. La tentación ha existido siempre y seguirá existiendo, porque se trata de jóvenes, de niños y de educación, de aprovechar este campo para modelar conciencias, almas y libertades. En una sociedad que se cuestiona, en un contexto en mutación, de miedos y a veces de rigidez –como existían en la época de los primeros Hermanos– si no aparecen grupos de hombres y de mujeres en fraternidad donde cada uno tenga su lugar, su palabra y su presencia reconocidos, si no existen el día de mañana en nuestros centros católicos de enseñanza, lasalianos o no, comunidades que acepten revisar sus prácticas, dejarse interpelar por el Evangelio, dejarse estimular unos a otros en fraternidad, comunidades dentro de nuestras escuelas, ¿cómo podremos asegurar un auténtico servicio de educación y de evangelización de los jóvenes? Insensiblemente, con las mejores buenas intenciones, se correrá el riesgo de ceder ante algún poder, económico, político, moral, incluso religioso.

Juan Bautista de La Salle luchó en nombre de los jóvenes, pero también en nombre de los maestros y en nombre de Dios, para que el Evangelio en el acto educativo sea un Evangelio de promesa para los niños y para los maestros de escuela. Comprometernos, dar este paso, si lo deseamos, en fraternidad, será hacernos mutuamente una promesa. La de apoyarnos en la amistad, en la complementariedad de nuestras posiciones, de nuestras posturas, incluso de nuestras relaciones de creyentes y de buscadores. Si aceptamos poner, en cierta medida, nuestros pasos en los pasos de Cristo, sea cual sea esa “medida”, mañana los jóvenes serán los grandes beneficiados de ese pequeño tramo de camino que aceptaremos recorrer. Hoy nos recordamos que nada es grande sin promesa, la que se hacen los Hermanos unos con otros de permanecer asociados entre sí, la que hace un educador a un joven de no abandonarlo nunca, y la que, y eso es algo nuevo, estamos llamados a hacernos unos a otros, de mantener un proyecto de educación en el que los jóvenes y los más desfavorecidos entre ellos sean los primeros servidos. G. Bernanos dice del diablo que es “un amigo que no se queda hasta el final”. El Hermano es el amigo que se queda hasta el final. Queridos amigos, nos hacemos la promesa de permanecer por mucho tiempo y quizás hasta el final.

*Asamblea de la Fraternidad Lasaliana francesa
Beauvais, Francia
Octubre 2011*